

Sentido cristiano del cuerpo

«Un paisaje puede cantar a Dios, un cuerpo al espíritu»

Nuestra postura, la de muchos cristianos, frente al cuerpo tiene más de pagana que de cristiana. No voy a indagar el porqué. Constató el hecho.

He releído recientemente el *Fedón*. Al recorrer las primeras páginas del célebre diálogo platónico, le parece a uno estar leyendo un manual de ascética cristiana: el cuerpo es una cárcel, un obstáculo para el alma, le impide el ascenso a la verdad, y por ende a la felicidad, hay que purificarse, hay que liberarse progresivamente del cuerpo, hasta que llegue la muerte que será la liberación total. «El alma del filósofo desprecia el cuerpo, huye de él y trata de estar sola consigo misma... Los verdaderos filósofos sólo laboran durante la vida para prepararse a la muerte».

¿Es esto cristiano? En absoluto. Esta postura de huida frente al cuerpo refleja la legalidad de un mundo al que todavía no había sido anunciada la gracia salvadora de Cristo.

Ese puritanismo es impotencia. Impotencia del alma para señorear su cuerpo. Frente al hecho de un cuerpo que tantas veces apesga el vuelo del alma, que tantas veces la arrastra por el fango, el pensador griego tenderá a declarar el cuerpo irredimible, malo, y no verá más victoria posible que la huida, escapar de un contacto envilecedor.

¿Qué dice del cuerpo el cristiano? Rotundamente: el cuerpo no es malo. *Está* maleado, *tiene* maldad, pero no es malo. Por tanto puede ser redimido, restaurado.

A los Santos Padres les gusta distinguir: no es el cuerpo como tal cuerpo lo que es peso y gravamen para el alma, sino el cuerpo en cuanto *corrompido*, en cuanto caído, en cuanto pecador. Ahora bien, pecador no es sólo el cuerpo, sino todo el hombre, cuerpo y alma. Y más el alma que el cuerpo, anota San Agustín. El pecado original sólo puede ser un pecado del alma, no pudo haber allí ímpetu arrebatador de la pasión; antes del

pecado el cuerpo estaba sometido al espíritu, era dócil y perfecto instrumento suyo. «La corrupción (inclinación al pecado) del cuerpo que entorpece al alma no es la causa del primer pecado: es su castigo. Y no es la carne corruptible (inclinado al pecado) la que hizo pecadora el alma, sino el alma pecadora la que hizo corruptible el cuerpo» (*La Ciudad de Dios*, libro XIV, cap. III).

De modo que hay que repartir responsabilidades: ahora el cuerpo corrompe al alma (muchas veces), pero es porque antes el alma corrompió al cuerpo, por culpa del alma (si podemos hablar así) perdió el cuerpo los dones de integridad e inmortalidad.

Pues bien, frente a este cuerpo necesitado de redención, pero redimible, el cristiano no se halla impotente, desarmado. Es un hombre nuevo en Cristo y posee su Espíritu, y con él la fuerza para vencer el mal en su alma y en su cuerpo. Su postura ya no es de huida, sino de conquista, no busca liberarse del cuerpo, sino espiritualizar el cuerpo.

Y la muerte, para el cristiano no es una liberación, sino un castigo. El alma separada del cuerpo aspira a reunirse con él y vive en la esperanza de este reencuentro (lo recalcan frecuentemente los Santos Padres). La resurrección de los muertos es un dogma de la fe cristiana: alma y cuerpo para siempre unidos, introducidos en la santidad y en la gloria de Dios.

La auténtica postura cristiana frente al cuerpo no es la huida, la liberación, evitar el contacto, el contagio: porque el cuerpo no es malo.

Tampoco es cristiana la postura que acepta sin más el cuerpo tal como es, que lo declara inocente: porque el cuerpo es pecador, está originalmente desordenado, desvinculado del espíritu.

La auténtica postura cristiana frente al cuerpo es la que lo declara pecador, pero redimible.

Espiritualización del cuerpo, esta es la meta, la consigna. Elevar el cuerpo a la esfera del espíritu. Hacer del cuerpo digna «forma» de un espíritu. Un cuerpo irradiado e irradiante por el espíritu, transparente a la luz interior del espíritu. Un cuerpo que cante la gloria del espíritu, lo mismo que un paisaje canta la gloria de Dios (hermosa expresión de Dag Hammarskjöld en su diario íntimo, recientemente publicado, *Marcas en el camino*). Un cuerpo que sea «revelación del alma», como quería Unamuno. San Juan Clímaco (*Scala paradisi*, XV) nos habla de aquel santo varón, que «habiendo visto un cuerpo hermoso alababa por ello grandemente al Creador, y la sola contemplación de aquella belleza le llevaba al amor de Dios y a lágrimas de alegría. Y era admirable ver cómo lo que para unos es causa de perdición, era para éste corona de gloria. Cuando la belleza corporal causa estos efectos y sentimientos en un hombre, bien puede decirse que este tal ya ha resucitado incorruptible antes de la resurrección general».

Un pensador que ha luchado siempre contra todo angelismo y platonismo, que ha puesto en el centro de su pensamiento cristiano el dogma de la Encarnación con todas sus consecuencias, es Péguy. Para ser cristianos, no hay que dejar de ser hombres. Ni para ser espirituales, hay que dejar de ser carnales. Importa unir lo carnal y lo espiritual, lo temporal y lo eterno.

Por esto Péguy ve en la Virgen Madre de Dios el modelo y el tipo de la nueva humanidad:

«A todas las criaturas les falta alguna cosa.
A las que son carnales, lo sabemos, les falta ser puras.
Pero a las que son puras, hay que saberlo, les falta ser
carnales.
Sólo una es pura siendo carnal.
Sólo una es carnal siendo pura.
Por esto la Santa Virgen es, no solamente la mayor bendición que haya caído sobre la tierra,
sino la mayor bendición que haya descendido incluso sobre toda la creación.»

JUAN PEGUEROLES, S. I.

San Cugat del Vallés
(Barcelona)